de creencias de la época en que desgraciadamente nos ha tocado nacer: un extravío la dió la vida, y de error en error cruza su camino y llega á la tumba por medio del suicidio, que busca para llegar al puerto del descanso, sin pensar en un Dios, todo amor y perdon, que absuelve al que llora y se arrepiente: desventurada siempre, cierra el libro de su triste existencia con un crímen, cuando la juventud y la belleza parecen abrirle los horizontes más espléndidos.

—¡Hay una terrible leccion en esta historia! —me dijo la anciana señora que me la refirió, y que en su santa, ciega y humilde fé religiosa, solo halla bello lo que es bueno:—¡Es la historia de una de tantas hijas de nuestro siglo! ¡Mientras que el trabajo no se mire como el primer elemento de vida y la moderacion en los deseos no domine á las aspiraciones de la vanidad; en tanto que no se eduque á la mujer para la religion y el deber, esta desolada historia tendrá innumerables copias!

Mi anciana amiga tiene razon, y de acuerdo con sus deseos y sus apreciaciones, he llamado á este libro: UNA HIJA DEL SIGLO.

PRÓLOGO.

I.

Hará como unos cuarenta años que hácia la mitad de la calle de Silva, se elevaba en Madrid una casa de buena apariencia y que constaba de cuatro pisos.

Al decir que era de buen aspecto, conozco áun antes que el lector, que esta apreciacion es bastante lata y que no se puede medir por ella el mérito ó demérito de la casa citada: lo mismo se puede aplicar el anterior calificativo á una de esas pobres mansiones que son estrechas y altas, ahogadas en el verano y heladas en el invierno, que á un suntuoso edificio con gran patio, anchurosa escalera y cómodas habitaciones: habiendo un patio limpio y un portero, ya se dá el nombre de *buena casa* á un edificio: la de que se trata era un término medio entre aquellos dos

extremos : de regular capacidad, pues tenia cuatro balcones de frente, el patio era bastante grande, la escalera estaba blanca y limpia á la par que era ancha, y el portero daba honor á la casa por su aspecto respetable y tambien por sus largos bigotes blancos, que le anunciaban como uno de los veteranos de la guerra de la Independencia.

Aquel importante personaje, puesto que lo era hasta el punto de que nadie podia pasar sin hablarle, estaba casado ; su esposa era tan amable y habladora, como él silencioso y frio; de tan poca talla como él alto, y tan gruesa como él flaco : mas como es cosa averiguada que muchas veces del mismo contraste nace el afecto, ambos cónyuges se llevaban muy bien, se amaban y vivian en la mayor paz y armonía del mundo.

El señor Pedro gruñia con todo el mundo, menos con su mujer.

La señora Antonia era dulce para todos, y sobre todo, para su marido.

Eran las dos de una bella tarde de invierno; el sol alegraba á la tierra y lucia en el firmamento con todo su esplendor ; la señora Antonia se ponia su manton de cuadros y su mantilla de lana negra en la oscura portería, especie de nido, que tenia salida á un patio interior, del cual recibia la luz.

El señor Pedro fumaba su tabaco á la puerta de la calle.

—Pero, mujer, ¿por qué no vienes á sentarte aquí?—preguntó el portero.

—Ya voy...—respondió la voz de falsete de su digna consorte.

—Tres veces me has contestado lo mismo.

—Ahora iré.

Hubo un rato de silencio.

De repente se oyó abrir una puerta en el cuarto segundo y un paso ligero resonó en la escalera, á la vez que un vestido de seda.

Casi al mismo tiempo salió la señora Antonia de la portería, con su mantilla cruzada sobre el pecho.

El señor Pedro se volvió, la miró con enojo, y exclamó airado:

—¿Qué es esto? ¿Volvemos á las andadas?

—Vamos, Pedro, no te enfades,—dijo dulcemente su mujer;—por hoy no tengo otro remedio que acompañar á la señorita.

—¡No la acompañarás!

—La pobre tiene que ir á ver á su tia.

—¡Que vaya sola! ¿Te parece bien el papel que haces tú? ¿Te parece bien que entre las dos estén ustedes engañando á su madre? Pero, en fin, esto te lo he dicho ya mil veces, y nunca basta al parecer... ¡Te digo que no irás!

—¡Calla, hombre, por Dios, que baja,—exclamó con voz suplicante la señora Antonia :—¿No oyes sus pasos en la escalera?

—Los oigo, y no me importa que ella me oiga á mí : si ese caballero la quiere, que venga á su casa...

—¡No querrá la madre de la señorita!

—¡No quiere él! La pobre señora lo que desearia seria ver á su hija colocada; pero él no quiere ni casarse, ¡ni áun que esa pobre madre paralítica le vea!

—En fin, Pedro, yo lo hago por la señorita Elvira : me dá pena verla ahí siempre atareada, cosiendo y bordando, y llorando así que su madre no la ve ; ¡la pobre niña es bien desgraciada

—¡Pues sábete que tú la harás más!

—¡Yo!

—¡Sí, tú! ¡Para un novio como ese, valia más que no le tuviera!

—¡Eso no! Para las muchachas, lo primero es tener novio: esto las consuela de todo: ¡niña sin novio, es como cuerpo sin alma!

La persona objeto de esta contienda conyugal, llegaba entonces al fin de la escalera.

Era una bella jóven que podria contar, á lo más, diez y ocho años, segun la esbeltez de su linda figura y la gracia casi infantil de sus facciones.

Grandes ojos oscuros, y que participaban del gris y del azul se abrian bajo una frente más bien estrecha que ancha y bajo unas cejas de negra seda : sus cabellos, de un castaño oscuro con

algunos reflejos dorados, se conocia que iban en breve á volverse negros como sus ojos y sus largas pestañas ; una boca encarnada y guarnecida de una preciosa dentadura, una nariz griega y una barba fina y adornada de un gracioso hoyito, daban á su cara una gracia indecible y de la que era muy difícil defenderse.

Sin embargo, la altivez estaba impresa en el perfil de su rostro encantador, en la expresion un poco séria de su boca y en su mirada, que tenia por otra parte una dulzura infinita, debida á sus largas y sedosas pestañas, que formaban una doble curva.

Su traje, de seda negra, estaba ya bastante usado; pero lo llevaba con una gracia y una distincion incomparables; su estatura, que era mediana, y su talle de ninfa, adquirian una dulce majestad envueltos en los pliegues flexibles y brillantes de su traje: se componia este de una falda lisa y de una manteleta de graciosa hechura, completándolo un velo de tul liso.

Al notar el altercado que tenia lugar entre los dos consortes, se detuvo cortada y confusa, y un subido carmin invadió sus mejillas redondas y del más correcto dibujo: el señor Pedro, al verla, se dirigió á ella y le dijo con respeto, pero con entereza:

—Señorita, mi mujer no puede acompañar á usted más: no quiero que sea responsable de lo

que pueda suceder; pero como ni ella ni yo quéremos afligirla, seré yo quien la acompañe, para que no se prive de salir.

El señor Pedro entró en la portería, cambió su chaqueta por una levita de largos faldones, su gorra por un sombrero de copa, rojo ya en fuerza de sus largos servicios, y dijo á la jóven:

—Cuando usted guste, señorita.

Elvira envió á la señora Antonia una triste mirada, y esta le contestó con un gesto de no ménos triste resignacion.

II.

La casa á donde se dirigia la jóven estaba situada hácia la mitad de la calle de Hortaleza, y por consiguiente, bastante cerca de la que ella habitaba: al llegar á la esquina de la de Silva, el señor Pedro, que tenia una vista de lince, apercibió á un caballero parado cerca en la acera y que miraba al camino que traia él con la jóven.

Así que los vió, se acercó á ella, no sin que la ocasionase gran espanto.

El señor Pedro se irguió en toda la majestad de su estatura, y dijo al que acababa de aproximarse:

—¡Caballero, retírese usted!

—Amigo mio,—respondió el interpelado,—le

suplico que me permita decir dos palabras á la señorita Elvira...

—¡Ni una! ¡yo no soy mi mujer!...

—Ya lo veo,—contestó el que esperaba con una burlona sonrisa;—y llevando la mano al bolsillo del chaleco, sacó una moneda de oro, prevenida sin duda al efecto, y quiso tomar la mano del adusto portero para ponerla en ella con disimulo.

Este, que habia visto el movimiento harto significativo del caballero, retiró la mano que buscaba aquél, y una generosa indignacion subió á sus flacas mejillas.

—Solo una cosa quiero saber: ¿mi mujer, ha admitido alguna vez dinero de usted?

—No, señor Pedro,—contestó Elvira:—no ha tenido el señor baron necesidad de ofrecérselo; ¡es tan buena y tan complaciente!...

—¡Demasiado!—dijo entre dientes el anciano; —en cuanto á mí, añadió, puede V. guardar su dinero, señor baron, y sepa que por todo el oro del mundo no conseguirá acercarse á la señorita cuando esta vaya conmigo, añadiendo que no logrará ya mi mujer acompañarla: ahora retírese usted, ó llamaré á un guardia para que le haga separarse de aquí.

El personaje á quien Elvira habia llamado señor baron, envió al viejo portero una mirada de cólera y desprecio, otra llena de promesas á

la jóven, y volviendo la espalda desapareció.

Elvira y el señor Pedro siguieron su camino sin hablar una palabra: la jóven llevaba de cuando en cuando el pañuelo á los ojos para enjugar las lágrimas, que no podia contener.

Algunas horas despues, y cuando ya era noche bien cerrada, Elvira volvia á su casa, acompañada de una criada de su tia: el baron se reunió á ella á los pocos pasos y la acompañó hasta la puerta de su casa: así que estuvo á su lado, se entabló entre ambos el diálogo siguiente:

—Ya lo ves, Elvira: se me han cerrado todos los caminos de verte, y es forzoso que vaya á tu casa: yo queria esperar algunos dias más antes de dar este paso, pero no es posible.

—Te confieso que doy gracias á Dios de que lo haya dispuesto así,—dijo Elvira:—el vernos de la manera que lo hacíamos, era muy desagradable y muy comprometido: mi madre está muy enferma, y si se agravase, acaso no podria ya conocerte...

Un sollozo cortó la voz de la pobre jóven: el baron guardó silencio y ella prosiguió:

—Andrés, temo á cada instante que la muerte me arrebate á mi madre, mi solo amparo en la tierra: la paralisis sube más cada dia, y acaso en un instante cercano llegue al corazon... Entonces estoy sola en el mundo...

—¿No te resto yo?...

—Si me engañáras...

—¿A qué hacerme esa injuria?

—Eres rico y de elevada clase... y yo soy una infeliz criatura, sin presente, sin porvenir...

—Tu cuna es noble tambien, y tu padre, honra de la marina española, murió cubierto de laureles; tu alma es tan bella como tu rostro... ¿Qué importa que seas pobre? Yo me haré una gloria de darte mi fortuna con mi nombre...

—¿De veras?... ¿Te casarás conmigo?

—¿No te lo he jurado por todo lo que respeto en la tierra y en el cielo?

—¡Te creo, te creo!—dijo Elvira estrechando la mano del baron:—¿por qué habias de engañarme? ¡eso seria cruel é infame!

—Serás la baronesa de Valderobles, así que tu madre quiera señalar el dia.

—Adios,—dijo Elvira;—y ven mañana para que te conozca esa sombra respetable, único amparo que me queda en el mundo.

—Mañana, á las dos de la tarde, estaré llamando á tu puerta.

Besó la mano de Elvira, que entró en su casa; puso en manos de la criada que habia acompañado á la jóven una moneda de plata, y se alejó rápidamente.

III.

Elvira vió en la portería una de las vecinas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de las boardillas de su misma casa; pero no hizo alto en esta circunstancia, y subió la escalera presurosa y deseando ver á su madre, á la que adoraba, y de la que estaba separada hacia ya algunas horas.

La señora Antonia fué la que acudió al sonido de la campanilla.

—¿Y mamá?—preguntó Elvira, que entraba con el rostro radiante de alegría por la promesa solemne que acababa de oir de los lábios del baron.

Antes de que la buena mujer respondiese á esta pregunta, apareció la adusta figura del señor Pedro, y dijo á la jóven con acento conmovido:

—¡Venga usted, señorita, venga usted!

—Voy á ver á mi madre... pero ¡Dios mio! ¿qué sucede? ¿qué pasa aquí? ¿está peor? yo quiero verla... déjenme ustedes pasar.

—Luego, señorita; ya entrará usted: le ha dado un desmayo... no será nada...

—¡Madre mia!... ¡Madre mia!—gritó Elvira desprendiéndose violentamente de los brazos que la sujetaban, y corriendo al cuarto de su madre.

Hallóse allí con el más triste espectáculo: en un ancho sillon, una dama que conservaba su noble aspecto, hasta en los umbrales de la tumba, yacía inmóvil y con la palidez de la agonía en el semblante; su bella cabeza, cubierta de espesos

cabellos casi blancos, estaba caida hácia atrás; á pesar de estar cerrados sus ojos, se conocia que eran rasgados, dulces y hermosos; todas sus facciones tenian el sello de una rara belleza, y sobre todo, de una distincion casi régia; estaba envuelta en los anchos pliegues de un hábito carmelita hecho en forma de bata y entretelado, para preservarla del rigor del frio; una toquilla de crespon negro cubria su pecho y se anudaba con una elegancia que las angustias de la agonía no habian podido alterar.

En la habitacion, que era capaz y bien alumbrada por un balcon durante el dia, ardia uno de esos velones de bronce de dos mecheros y dos pantallas, que constituian entonces el lujo de la época; un brasero de azófar con tarima de lo mismo, todo brillante como el oro, caldeaba la estancia con su contenido de rojas ascuas; una buena sillería, una cómoda de piés torneados, sobre la que se veia un hermoso reloj de bronce, construido á principio del siglo, y al alcance de la mano de la dama, un velador que contenia libros de oraciones y un rosario de coral engarzado en oro, componian el mueblaje de aquel aposento, esterado con la modestia propia de aquel tiempo, y que respiraba nobleza y decencia de costumbres, hábitos de exquisita educacion, y una escasez combatida con tanta dignidad como valor.

Elvira fué á arrojarse desolada á los brazos de su madre: más el médico, que de pié al lado del sillon contemplaba tristemente á la enferma, contuvo su impetuoso movimiento.

Entonces Elvira se dejó caer sollozando delante de aquel mismo sillon, y asió una de las manos, ya frias, de su madre.

—¿Se ha confesado?—preguntó el médico á la señora Antonia.

—Esta mañana, señor,—respondió esta:—el señor cura de San Martin vino, segun acostumbra, el 15 de cada mes.

—Que avisen al instante para que venga la uncion de la parroquia.

—¿No hay, pues, remedio?—preguntó el señor Pedro angustiado.

—Ninguno: la paralisis ha llegado al corazon.

—¿Cuándo se ha puesto así mi madre? ¿Por qué no han ido á buscarme?—exclamó Elvira deshecha en llanto.

—No hace media hora que le ha dado el accidente, señorita,—contestó el doctor.

En aquel instante la enferma abrió los ojos, vió á su hija y llevó débilmente una mano á la cabeza de Elvira.

—¡Mamá!—exclamó esta:—mamá mia, ¿me oyes? ¿Me oyes? ¡Soy yo, tu hija!

Una débil sonrisa apareció en los lábios de la pobre viuda; la jóven se levantó y acercó su

rostro fresco y encantador al lívido de la agonizante señora.

Esta atrajo hácia sí por un supremo esfuerzo aquella cabeza querida, y apoyó en ella sus lábios.

En aquel momento entró el cura párroco de San Martin, conduciendo la uncion, que administró al instante á la moribunda; despues se sentó á su lado y empezó á rezar las oraciones de los agonizantes.

Un instante despues, la moribunda se agitó ligeramente, alzó los ojos al cielo, los volvió hácia su hija, siempre arrodillada á los piés del sillon, y exhaló un débil suspiro. Era el último.

El sacerdote se arrodilló y todos le imitaron, ménos Elvira, que sucumbiendo al exceso de su dolor, lanzó un grito y cayó privada de sentido.

IV.

Dos meses más tarde, una jóven vestida de luto se paseaba en el jardin de una casita de campo situada en las cercanías de Madrid. Abril vestia ya las praderas de verdor, y las violetas perfumaban el ambiente: grandes árboles cargados de flor, prometian abundante y sabroso fruto, y al fin de una calle entoldada y guarnecida de vides, se elevaba un sencillo cenador lleno de clemátidas, de heliotropo y de reseda.

La jóven se paseaba bajo la bóveda de follaje: era bonita y delicada, pero estaba pálida y

triste. Despues de dos ó tres vueltas se sentó en uno de los sofás rústicos del cenador, é inclinó la cabeza sobre el pecho con una actitud llena de abatimiento.

Algunos instantes hacia que permanecia así, cuando se oyó el paso de un caballo que venia al trote: el semblante de la jóven perdió algo de su tristeza, y se volvió hácia una puerta pequeña que habia en un ángulo del jardin.

Un instante despues, rechinó una llave en la cerradura: un caballero entró llevando un caballo de la brida, y despues de atar al animal á un árbol, se adelantó hácia la jóven, que por su parte habia hecho ya la mitad del camino.

—¡Elvira!—exclamó corriendo á abrazarla.

Ella no le devolvió la caricia; abatida y triste, permaneció inmóvil.

—¿Por qué has dejado de verme estos tres dias?—le preguntó:—¿no sabias la inquietud mortal en que debia estar?

—No ha sido menor la mia; pero me fué imposible dejar á Madrid.

—Ven,—dijo Elvira tras algunos instantes de silencio;—ven, Andrés, tenemos que hablar.

El baron de Valderobles, pues ya le habrán conocido los lectores, hizo un gesto de violenta contrariedad y la siguió al cenador, donde se sentó, haciéndolo ella á su lado.

—Andrés,—empezó la jóven con acento grave

y triste;—á la muerte de mi madre, casi alterada la razon con el dolor que su pérdida me ocasionó, y recordando la promesa solemne que me habias hecho de casarte conmigo, cedí á tus ruegos y te seguí á este retiro donde durante un mes, debo confesarlo, te he debido las más delicadas atenciones, los más dulces consuelos; pero hace ya otro mes que has cambiado por completo: te hallo preocupado y frio; parece como que te sirvo de peso, y esta idea llena mi alma de una mortal zozobra; sé franco y leal; habla: ¿has dejado de amarme? Si es así, no seré yo quien te obligue á formar un lazo que ya no es grato á tu corazon; no, mi carácter es demasiado altivo para eso; si tu amor ha decrecido, eres libre; no oirás de mis lábios una reconvencion, y mañana mismo saldré de este apacible retiro, que abriste á mi desamparo y orfandad.

El baron guardó algunos instantes de silencio, en tanto que la jóven esperaba su respuesta con el pecho palpitante y los ojos bajos.

—¿Y adónde irás si sales de aquí?—preguntó al fin mirándola con alguna confusion.

Elvira se extremeció; la triste verdad apareció á sus ojos. Si Andrés la hubiera amado, sus primeras palabras hubieran sido para asegurárselo.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas; pero, enjugándolas con un valor orgulloso, respondió:

—No pienses en eso; nada te importa, roto el lazo que nos ha unido.

—Pero careces de recursos, y...

—¡Basta, caballero!—exclamó la jóven levantándose:—tengo el valor y la voluntad de trabajar, y en último caso, tendré tambien el valor de morir; ya ve usted que para nada le necesito, y que me puede decir adios para siempre.

—Sea como tú quieres,—dijo el baron;—tú eres la que rompes nuestros lazos: esta casa estará aún á tu disposicion durante quince dias; yo marcho esta noche á París. Adios, Elvira.

Al decir estas palabras quiso tomarle una mano; pero Elvira, rígida y muda, la retiró, le midió de alto á bajo con una ojeada de desprecio, y volviéndole la espalda, se alejó por una calle de árboles con paso firme y mesurado.

—Estos caractéres soberbios tienen la ventaja de resolver pronto y bien las situaciones,—pensó el baron;—con otra mujer me hubiera sido más difícil salir del paso. ¡Viva la libertad!

Fué á donde estaba su caballo, lo desató, salió al camino por la puertecilla que le habia dado entrada, y montando, se alejó con trote más rápido del que habia traido al venir.

V.

¡Qué largas, qué tristes son las primeras horas del dolor!

Elvira sentia á su corazon deshacerse en lágrimas dentro de su pecho; una mano de hierro se lo estrujaba, pero el llanto no subia hasta sus ojos; aquella naturaleza enérgica no tenia el alivio de la queja; así como no habia hallado reproches que dirigir al baron, á pesar de su infame perjurio, tampoco hallaba ahora suspiros y lágrimas.

Con el semblante teñido de palidez, encerraba en un pequeño cofre los pocos objetos que le pertenecian y que estaban diseminados en la linda estancia que habia ocupado y que iba á dejar para siempre.

Aquella quinta no era propiedad del baron de Valderobles, sino de un amigo suyo, que no la ocupaba y que se la habia cedido; pero acercándose ya el tiempo en que debia ir á habitarla con su familia, y no pensando el baron en manera alguna realizar su casamiento con la huérfana, pasado el capricho que le habia inspirado, se veia en una situacion difícil de resolver, atendido á que deseaba desembarazarse de Elvira, y esta habia dicho que no queria dejar aquel retiro, que creia propiedad del baron, hasta despues de su casamiento.

Ya se ha visto cómo el carácter altivo de la jóven le dió la libertad, que no sabia de qué manera conquistar.

¿Era un malvado el baron de Valderobles?

No: era solamente uno de tantos hombres ociosos, y por lo mismo, aburridos de la vida antes de haber salido de los límites de la juventud; la privacion de ver á Elvira acreció su aficion hácia ella, nacida de la admiracion que le causó su hermosura el primer dia que la vió en la calle; quizá se hubiese casado con ella viviendo su madre, ya que de otro modo no podia llegar á su posesion; pero la orfandad y la desgracia le erigieron en árbitro del destino de la jóven, y toda idea de union indisoluble huyó de su mente.

Elvira no tenia ni un espíritu cultivado, ni un gran talento; era una niña buena, sencilla, llena de nobleza y de abnegacion, pero dotada tambien de una gran altivez de carácter. Tal esposa, que era además muy pobre, no convenia en manera alguna al elegante y libertino baron de Valderobles, lleno de vanidad, de pretensiones y de ambicion.

Huérfano desde la cuna, dueño de una cuantiosa fortuna y fiado á los cuidados de un tutor que se cuidaba muy poco de él, disfrutó, niño aún, de la libertad más completa, y se cansó de todo muy pronto; cuando conoció á Elvira, habia amado ya además con el único amor de su vida; poco más de cinco años hacia que habia estado cerca de unirse en matrimonio con una jóven española que residia en París, donde él pasaba largas temporadas; pero al ir á verificar su

enlace habia desistido tambien, pues aborrecia todo lo que pudiese coartar su libertad.

Tenia entonces cerca de veintiocho años; cinco más, pasados en la vida del libertinaje, endurecieron del todo su corazon, y cuando durante una corta estancia que hizo en Madrid, le conoció Elvira, era ya incapaz de ligarse con un compromiso sagrado, aquel hombre que en nada creia, que nada respetaba.

Elvira tenia diez y siete años; el baron treinta y tres; eran la rama fresca y florida, y el tronco carcomido y disecado por el gusano feroz del egoismo, por el culto del YO.

Una dolorosa intuicion hizo comprender á la desgraciada niña la terrible verdad; sin darse cuenta de las peripecias, tocaba el resultado; ninguna esperanza abrigaba; su corazon estaba destrozado, y destrozado para siempre jamás.

Cuando acabó de recoger su escaso y pobre equipaje, llamó á un criado, le ordenó que tuviese cuidado de bajarle al patio, pues estaba cerca la hora en que pasaba un carruaje que llevaba asientos de Fuencarral á Madrid, y ella misma se recostó en la ventana, espiando la llegada del coche.

No tardó este en llegar; se cargó en la zaga el pequeño baul, salió Elvira, y esta, con una señora de edad avanzada, que era la única viaje-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO